

FILOSOFIA Y LETRAS

DE LOS ESTUDIOS CLASICOS

por FRANCISCO CAPELLO

Para comprender la esencia de la escuela clásica debemos fijarnos en su origen y en las causas que determinaron su nacimiento; debemos trasladarnos mentalmente a Atenas, y, yendo a remolque del tiempo, detenernos en la edad de Pericles, unos cuatro siglos y medio antes de Cristo.

Nos encontramos en el momento culminante de su historia, en el buen período del *perihelio* de la gran ciudad; entiendo decir en el momento en que el pueblo ateniense se encuentra más cerca del ideal, hacia el cual estaba determinado su curso, desde el principio, desde cuando se destacó del oscuro fondo de la barbarie, y se pusieron los elementos constitutivos; nos encontramos, digo, en plena soberanía popular, en el más completo desarrollo de la idea democrática: nada y nadie por encima del pueblo; nada y nadie que ponga coto a su voluntad; todo es común a todos; la religión, las leyes (un tiempo privilegio patricio), los derechos, los deberes, son para todos iguales; ni la riqueza, ni el nacimiento, ni la instrucción, ni la misma virtud alteran la igualdad; el pueblo en masa delibera y decreta en las asambleas, y juzga en tribunales numerosos como asambleas; el pueblo delega cada año y, en la mayoría de los casos por el sorteo, confiere la autoridad, y el pueblo cada año llama a dar cuenta de su ejercicio.

La soberanía pasa al pueblo, cuando Atenas no es ya el pequeño Estado de medio siglo antes, que, con su tímido comercio, apenas trascendía los confines del Atica, un Estado de sólo veinticinco mil habitantes; cuando se halla a la cabeza de una confederación, transformada en imperio de mil repúblicas marítimas. Para la administración de la justicia al pueblo cuando la constitución, rehecha y retocada tántas veces, ha complicado sobrema-

nera las relaciones entre los ciudadanos, y los cincuenta años pasados en decretar han multiplicado más allá de toda idea las leyes.

¡Y qué pueblo! Despierto, inteligente, pero al mismo tiempo desconfiado, receloso, movedizo y tan déspota y tan ávido de adulaciones como un sultán. Sería muy largo decir aquí por cuál camino llegó el pueblo a tan completa independencia; se necesitaría escribir toda la historia de Atenas. Sin embargo, se pueden indicar dos causas: primero, los servicios prestados en la guerra, que dieron importancia al proletariado; y luégo, la creación por la industria y el comercio de una riqueza mueble y distinta de la territorial.

Para obtener la unión en las deliberaciones y en los juicios, para que triunfara de tántos votos el bien público, no existía sino un medio: el que puede emplearse con un soberano, la persuasión respetuosa.

Hé aquí cómo se sintió por primera vez la necesidad de estudiar los modos de persuadir al pueblo, y cómo, evocado por tal necesidad, surgió el arte retórico por obra de los sofistas.

Así nació la *escuela clásica*, o, como también se la llama, la institución literaria.

Era, pues, una enseñanza inspirada en el concepto mismo de la que se daba a todos los ciudadanos, pero superior a ésta.

La escuela existía en Grecia desde tiempo inmemorial, desde antes de Homero, el cual llama a Femio autididacto. A juzgar por Homero, su programa era universal, pues en los poemas hay una cosmología, hay una teogonía, hay una geografía, hasta algo de aritmética y medicina; y puede formarse en ellos un concepto exacto del estado intelectual de la época.

No estaba la escuela enteramente limitada a los aedos; algunos de los príncipes, por ejemplo Aquiles, la frecuentaban, y ella comprendía, además, el canto y la cítara; pero se entiende que si a los príncipes se les enseñaba a gobernar según justicia y caridad, los aedos, en cambio, eran instruídos en modo particular en el difícil arte de la composición y la métrica.

En tiempos de Solón, cuando ya aparece el pueblo, y se siente la necesidad de leyes que lo sustraigan del arbitrio patricio, la escuela se extiende a todos los ciudadanos, y su programa es dictado por el fin perseguido, que es el de la formación del ciudada-

no; esto es, el hombre nuevo, el hombre civil y no el profesional. La enseñanza profesional en Atenas se deja al cuidado de los interesados.

Antes que nada el ciudadano ha de defender a la patria, y debe darse, a sí mismo, un cuerpo sano, ágil, vigoroso; luégo, el primer punto del programa es la gimnasia. En segundo lugar debe aprender las leyes, las creencias, las costumbres y las glorias patrias, lo que se hacía estudiando trozos escogidos de poetas, y éstos se aprendían, por ser la poesía en aquel entonces cantada, al són de la cítara o de la flauta.

También debía aprender algo de canto y música. La música, lo mismo que la danza, tenía además el objeto de acostumar al ritmo y educar el gesto, los movimientos y el porte de la persona, porque en Grecia nada se dejaba a la espontaneidad. La unidad de acción en una muchedumbre se obtiene con el intervenir a tiempo, lo que se consigue en la danza por el toque de la cítara y el compás. Por eso el acuerdo y conspiración de donde resulta que el orden cósmico se consideraba como el efecto del toque de una divina cítara: la de Apolo.

Parte de la patria era la lengua, y la recta pronunciación y el uso castizo de las palabras era uno de los mayores cuidados del maestro. La escritura, la aritmética, eran impuestas por las necesidades de la vida; el hablar suelto, la discusión, eran una necesidad, puesto que cada uno estaba obligado, por la ley, a defender en los tribunales su causa.

El conocimiento de la geografía, de las costumbres de los demás pueblos, no surgía solamente de la natural curiosidad, sino que nacía de la necesidad impuesta por el comercio y la industria.

Así es que esta primera escuela tuvo también un programa universal. Sin embargo no se limitaba a ella la instrucción del ciudadano, pues las fiestas, los tribunales, el teatro, eran escuelas públicas, y escuela era también la misma vida que, se puede decir, transcurría enteramente en playas y calles, donde unos se enteraban de los negocios de los otros, donde se discutía, se consultaba, se concertaba. Ni Aristides, ni Temístocles, ni Cimón tuvieron otra escuela, y no se precisaba más en aquellos tiempos.

De esta escuela pública clásica nace nuestra escuela elemental.

Pero la nueva enseñanza que las nuevas condiciones de Atenas reclamaban, la que surgió por obra de los sofistas, se proponía no ya formar al ciudadano, sino a una clase de ciudadanos que

dirigiera, con la palabra, la opinión pública. Los tiempos, sencillos y ajenos a los rodeos, no buscaban perífrasis, y los sofistas formularon su programa del modo más claro e inteligente, atrayendo, por lo mismo, las censuras sobre él.

Una de las fórmulas era: *enseñar a hablar de todo convenientemente*; y Sófocles hace decir a Edipo en su última tragedia: “No he conocido hombre honrado que hable bien de cualquier cosa.” La otra fórmula era que se enseñaba *a hacer más fuerte la causa más débil*, y esto atrajo las burlas de Aristófanes. Ambas fórmulas fueron más tarde censuradas por Platón.

Además de lo dicho, volvíase la escuela nueva antipática porque, en el momento en que se habían abolido los privilegios de casta, fundaba uno nuevo: el de la inteligencia. Agréguese a esto que la nueva enseñanza costaba bastante caro, y que podían gozar de ella sólo los hijos de familias pudientes. Nuestra escuela se vio, pues, desde su nacimiento, asaltada, como Hércules, por los dragones de la envidia y de la malignidad, lo que no fue óbice para que en seguida triunfara con Sócrates y después en la Academia y luégo en el Liceo, por obra de Platón y Aristóteles, que la corrigieron y completaron. Si la sofística fue su partera, la filosofía fue su nodriza e institutriz.

De lo dicho se deduce que, considerada como escuela de elocuencia o del arte de persuadir, presupone un pueblo no sólo libre sino soberano, y comprende la elocuencia deliberativa y la judicial, que tienen por fin mover con la evidencia la voluntad a un acto determinado, y además la llamada demostrativa, cuyo fin es el tratamiento perfecto de un tema.

Esta escuela fue, en Roma, la de la nobleza y la de las familias pudientes; la elocuencia deliberativa se modificó en algo, porque no se dirigía la palabra al pueblo sino en las reuniones que solían preceder a los comicios, y las deliberaciones graves se tomaban en el senado; de allí la diferencia entre Cicerón y Demóstenes, que nace de la diferencia de público.

La elocuencia judicial floreció porque la defensa (gratuita, se entiende) era considerada como un deber por los ciudadanos más ilustrados, y, además, un instrumento del poder por las simpatías y el favor que granjeaba; sin embargo, en los tribunales el orador se enfrentaba, no con el pueblo, sino con jueces y magistrados escogidos.

En cuanto a la tercera forma, la demostrativa, ya se había

extendido en Grecia a toda clase de composiciones literarias, transformando, por consiguiente, la prosa primitiva.

La prosa, que surgió en el siglo VI a. de J. C., cuando, gracias a la difusión de la escritura, hubo un público de lectores, era lo que debía ser, esto es, la palabra dirigida al público por escrito, y no por el canto, como la poesía, ni por el habla directa, como la elocuencia. Conforme a su fin, se dirigía sólo a la razón y a la inteligencia, y no a la fantasía y al sentimiento, buscando efectos musicales para el oído. Era lo que es hoy para nosotros en general. Pero, empezando por Tucídides, se quiso dar a lo que se componía para el público la forma de la palabra directa, es decir, la forma oratoria, o, como la llamó Aristóteles, periódica. De allí nació la distinción entre la prosa de los logógrafos y de Heródoto, y la prosa artística de los escritores posteriores. La prosa de los *Diálogos* de Platón está entre las dos formas, y reproduce la conversación de personas cultas.

En Roma cundió la prosa periódica. Sólo digo esto para mostrar cómo una parte del nuevo arte, la que concierne a la elocución, se extendió a toda la literatura en general.

Otro aspecto más se generalizó: el tratamiento completo del asunto, cualquiera fuese, o tratamiento persuasivo. Un escritor, por ejemplo, no narra un hecho sin exponer las causas que lo explican y lo tornan creíble; no formula un juicio sin indicar en qué se funda: en una controversia la conclusión ha de salir por sí sola del cotejo de todas las opiniones en pro y en contra.

Esto, que se volvió común a toda la literatura, salió de las escuelas de elocuencia; es el hablar que conviene a un público que no se rinde sino a la razón y a la evidencia; completamente distinto del de los escritores bíblicos, por ejemplo, que afirman y niegan sin dar razón, como si hablasen en nombre de una autoridad sobrehumana.

Volviendo a Roma, suprimida la libertad, no quedó más elocuencia que la judicial, y a ésta se limitó la utilidad propia de la escuela clásica, según se ve en las *Instituciones oratorias* de Quintiliano; pero, además, tenía tal escuela un aspecto común a todas: la composición y la elocuencia.

En la edad moderna, cuando nuestra escuela clásica renació, sólo los sacerdotes hablaban al público, y por ello renació puramente literaria.

Literatura, según el concepto griego, es el conjunto de obras que se escriben para todos y no para una clase sola de ciudadanos; lo que llamamos hoy una obra literaria, los griegos la llamaban *esotérica*.

Hoy la democracia se ha sobrepuesto otra vez a la nobleza; y precisamente por eso la escuela clásica encuentra las condiciones favorables para su perfecta integración; y, sin embargo, hoy es cuando se la combate. Este hecho monstruoso sería inexplicable a no existir las razones que indicaré más adelante.

Hasta aquí se ha recordado a vuelo de pájaro la evolución histórica de la escuela clásica; ahora la examinaremos brevemente.

La literatura es el fin de esta escuela, que es una institución literaria. Literatura, ya lo vimos, es la que se escribe para todos los ciudadanos y no para una clase dada. Literarios son los *Diálogos* de Platón y no las obras de Aristóteles, aunque a menudo el asunto sea el mismo; porque Platón escribe para todos, mientras Aristóteles lo hace para sus discípulos.

No se escribe para todos sino de lo que puede interesar a todos, de lo que conviene al hombre como hombre, al ciudadano como tal, a la patria, al género humano.

El saber es de un valor inapreciable. La ciencia, como tal, ayuda a conocer la realidad, y conformarnos a ella es condición de existencia; todas las ciencias, pues, en cuanto tales, es decir, hasta donde comienza su aplicación práctica, que pertenece al profesional, entran en el programa de la institución literaria.

El programa, como todo programa, es un ideal que indica la meta, aunque ya está descartado que pocos han de llegar a ella.

Instrucción en el círculo de artes y ciencias se llamaba, pues, el conjunto de todas las asignaturas (como diríamos hoy) de la escuela clásica; de allí *enciclopedia*; y basta este nombre para demostrar el carácter universal de la institución clásica. Hé aquí por qué Cicerón define la elocuencia y la literatura *la flor de una cultura universal* cuyo frutos es la filosofía.

No se considera deshonoroso lo profesional, pero no condice con la idea de libre ciudadano. Otra particularidad de la escuela clásica es que cada ciencia ha de enseñarse con su método.

Ya se echa de ver que no hay escuela que se pueda contra-

poner a la clásica; ésta es la escuela única, perfecta. Cualquier otro programa no podrá diferir del clásico sino por exclusión de alguna ciencia o por la adopción de métodos espurios. Los que hablan del carácter científico de nuestra edad y de la necesidad de dar mayor cabida a las ciencias en la escuela, profanan el nombre de ciencia.

Mas, según dije, la institución clásica es antes que nada educativa: el divorcio entre educación e instrucción nació precisamente cuando se quisieron fundar escuelas diferentes de las clásicas. El aspecto educativo tiene por objeto substituir en todo la razón a la espontaneidad; el hombre no llegó a ser animal racional sino en Grecia y en Roma. Objeto de la escuela es formar una naturaleza nueva de hábitos racionales; esta segunda naturaleza se llama espíritu.

El primer paso es volver, de espontáneo, reflejo el proceso del habla; o, lo que da lo mismo, hacernos dueños de la palabra, para luego emplearla con plena seguridad de conseguir el fin que nos proponemos. Los griegos iniciaron también este esfuerzo, pero es superior a las fuerzas humanas, al parecer, el tener conciencia de un idioma si no se sale de él; es necesario un punto de apoyo exterior, pues el hábito impide que se detenga la reflexión sobre la lengua materna. Si en Grecia se reparó en el fenómeno del habla y se inició la gramática, esto se debió a la variedad de los dialectos. Protágoras, que era de Abdera, e iba de una a otra ciudad, se fijó en la palabra al esforzarse a hablar en los dialectos de los lugares visitados. Pero no llegó más allá de la distinción entre nombres y verbos, y la de los géneros de los substantivos, cosas de que sonreía Platón. Estas observaciones aumentaron lentamente sobre todo por obra de los estoicos, pero sólo en el siglo II a. de C. hubo una gramática de un alejandrino de origen tracio, y gramática, en verdad, bastante pueril.

Los romanos, en cambio, se hallaron, en esto, más favorecidos. Empezaban por el estudio del griego y esto obligaba a fijarse en cada palabra para encontrarle el equivalente latino, a reparar en las relaciones de las palabras indicadas ya por la declinación, ya por las proposiciones y conjunciones, y, mientras estudiaban el griego, adquirían mayor conciencia de su propio idioma.

Los maestros griegos, a su vez, se vieron precisados, para enseñar el griego, a reflexionar sobre su propia lengua. Sólo más tarde aparecieron los primeros vocabularios.

Sea como quiera, la literatura romana en general indica un uso más consciente de la palabra, una sintaxis más rigurosa; Cicerón no emplea jamás una palabra al azar, y, en él, el uso reflexivo se vuelve, por el ejercicio, otra vez espontáneo, y, por lo tanto, puede darse como la misma ley de la lengua latina.

La gramática latina y la griega, sin embargo, no llegaron a su absoluta perfección, en lo que atañe a la sintaxis, sino en el siglo pasado, por obra de los alemanes y del danés Madvig, y mucho contribuyó a ello el conocimiento del sánscrito.

Hé aquí para lo que sirve el latín en la escuela clásica: para volver más consciente el uso de nuestra misma lengua. Es una tarea larga y difícil, pero indispensable; es un aprendizaje que nos da plena conciencia de nuestro pensamiento; sin tal propeútica no existe ni literatura ni filosofía.

No se estudia el latín para escribirlo y hablarlo, sino para escribir y hablar; y se estudia el latín porque para lo que se persigue ningún escritor moderno, a no ser algunos grandes italianos del siglo XVI, formados todos en el estudio del latín y el griego, es comparable en el uso reflexivo de la palabra con un Cicerón, un Virgilio, un Horacio, o cualquier otro escritor de la buena época; se estudia el latín porque responde a un período de desarrollo de la inteligencia anterior al actual; es lengua sintética y no analítica y no se llega a pensar a la moderna sin haber pensado a la latina.

Es una ley de las cosas, y a quien no quiere adaptarse a ella no le queda más que conformarse con ser una inteligencia de orden inferior. Se comprende que la gente no se resigne y que lo niegue: es que no es posible formarse una idea de ciertas cosas sin experimentarlas.

El tiempo que en tal estudio se emplee, se ahorra después, porque para quien estudió latín el aprender cualquier idioma resulta cuestión de memoria. Pero no se aprende el latín para después servirse de él; la utilidad del latín, como la de la geometría, consiste sobre todo en haberlo estudiado; sólo los géometras poseen en acto todos los teoremas de la geometría; de la misma manera sólo los gramáticos conservan la habilidad adquirida de escribir latín; para los demás el latín sirve sin duda para las innumerables obras escritas en tal idioma, cuya inteligencia tampoco exige el recuerdo actual de la gramática; pero el haberlo estudiado es de ventaja incalculable. El hábito del pensamiento exacto, de la palabra precisa, del orden lógico, se adquiere

con el estudio del latín; es el ideal latino el que nos hace borrar y corregir hasta alcanzar la expresión adecuada; por él nos acostumbramos a evitar toda hinchazón.

No se olvide que este defecto que solemos llamar retórica fue indicado con tal nombre y por primera vez por Cicerón. Nada más injusto que la acusación de retóricos hecha a los escritores romanos y sobre todo a los del buen siglo. Si se quiere decir que en ellos el arte de la palabra alcanza su mayor perfección, nada más cierto, pero el arte no es artificio, el uso no es el abuso: lo que en un escrito suena a hueco es un pecado contra la retórica. De la misma manera es achacable a la retórica el ardor simulado, el énfasis, como a la lógica el abuso del silogismo. Los que desprecian la lógica abusan del silogismo, y los que emplean la retórica fuera de propósito son los que más se alejan de ella.

Platón se reía de la retórica, dicen, y es inexacto; sus censuras nacen de estar aún la retórica en pañales, dice Cicerón; pero quisiera ver si se reiría de las oraciones de Demóstenes. Este arte, el más bello y difícil de todos, se vuelve naturaleza en el estudio de los escritores romanos. La retórica conduce al habla natural, pero por reflexión, y por lo tanto sin tropiezo y en cualquier momento.

En una estatua de Miguel Angel nada hay que no sea natural; una correspondencia tal con la naturaleza no puede sino ser fruto de la más detenida observación y del conocimiento minucioso de la anatomía; de la misma manera no hay en Cicerón una frase, una expresión que se aleje de lo natural. Lo que a veces parece redundancia son los pliegues de la toga, es la *dignitas* propia del carácter romano, tan natural para ellos como nuestras maneras burguesas lo son para nosotros.

Después de prepararnos indirectamente en el estudio de los autores para la expresión perfecta, después de convertidos, sin saberlo, en retóricos, hay que adquirir conciencia de este mismo hábito; y aquí viene el estudio de la retórica.

La gramática y el léxico dan lo intelectual u objetivo del pensamiento, pero el hombre es además sentimiento, pasión, fantasía, voluntad. Esta parte de la psiques no se exterioriza directamente por la palabra, sino por medio de la palabra. De ser el hombre inteligencia pura, serían los escolásticos y Santo Tomás, por ejemplo, los escritores ideales, y nuestros modelos serían Aristóteles y Euclides y no Demóstenes y Platón.

La retórica nos enseña cómo comunicar con la palabra no sólo la idea y aspecto objetivos, sino también lo afectivo, la vida. Sólo la mente de un filósofo pudo completar ambos aspectos. Que el hombre airado no hable como el tranquilo, que de una manera se expresa el cariño y de otra la indiferencia, y lo que interesa de manera muy distinta de lo que no nos afecta, eso no se necesita demostrar. Son, pues, estas diferencias, notadas y sorprendidas en el habla del pueblo, y mejor diría de la plebe —pues cuanto más se desciende más vivos se tornan la palabra y el ademán— las que analizadas y clasificadas constituyen la parte de la retórica llamada elocución. Ciertamente, al sabio le basta exponer las cosas como son; mas el literato no habla a sabios sino a todos, y de cosas que interesan a todos y a él más que a nadie; un escritor que no se interesa, no veo por qué debiera escribir.

Una metáfora no es una máscara, como se lee en ciertos tratados, no es el colorete de las damas; si llamo ovejas, como en las *Vidas*, las nubes dispersas por el cielo, es que se mezcla en la frase la impresión. Es una impresión de gracia y belleza la que hace ver rosas en las mejillas de una doncella, como un florecer de la salud; a menudo en una metáfora hay todo un pensamiento, como cuando Diógenes llama el enrojecer de la vergüenza *color de la virtud*. La misma inteligencia no percibe una cosa sin advertir sus relaciones con otra, y entender es ver en relación, dice Kant. El placer que nace de la metáfora, dice Aristóteles, se debe a que descubre una relación. ¡Si todos los tropos se basan en la naturaleza de la inteligencia! Si llamo techo a una casa, ¿no es porque basta con un techo para suponer la casa? Los efectos se manifiestan en la palabra por el ritmo y por el sonido, pero además por las *figuras*, así llamadas porque no son sino una sugerencia del porte y de los ademanes, y por lo mismo de la disposición subjetiva del escritor.

Sin embargo, la parte más importante de la retórica es la que afecta el contenido y no la expresión: es la dialéctica. Y es la adquisición del hábito dialéctico, para Platón, el fin de la institución literaria. El bueno de Kant fue quien desacreditó la dialéctica. Esta consiste, substancialmente, en acostumbrarse a ver el pro y el contra en todas las cosas. Nodriz de la elocuencia, la llama Cicerón, porque, cualquiera sea el asunto, sólo examinándolo desde todos los puntos de vista se encuentra lo que ha de decirse. También aquí el arte es experiencia acumulada. Se com-

prende lo útil que tal hábito debía ser en la asamblea y el senado, y lo mucho que se parece a la prudencia.

La esencia de la dialéctica consiste en la valuación por cotejo de razones. Así se llega a orillar las opiniones que mayores probabilidades presentan.

La base que la dialéctica tiene en común con la ciencia es el exacto conocimiento de los hechos. El diálogo es la natural forma de la dialéctica, aun cuando tenga apariencia de monólogo.

Además de la dialéctica y de la retórica se estudian en la escuela clásica los grados de la demostración, distinguiendo la que sólo puede producir una opinión fundada y es propia de la dialéctica, y la que, en cambio, produce la certidumbre absoluta y es propia de la lógica.

Y así se llega a ser dueño del pensamiento y de la razón.

Basta con esta indicación somera del fin de la escuela clásica y de los medios que emplea; pues para una exposición completa se necesitaría un volumen.

La escuela clásica nació y evolucionó naturalmente, y es el órgano de reproducción de nuestra civilización occidental. Y porque ella permaneció siendo la misma, la civilización occidental es una y continua desde Homero hasta hoy.

Se comprende la guerra a la escuela clásica cuando se mira de dónde parte.

Naturalmente, como en todas las campañas por el estilo, también hay en ella los ingenuos, los que creen hacer un bien: no todos son canallas. Se combatieron los estudios clásicos en la primera mitad del siglo pasado en nombre del cristianismo; se achacaba a ellos la revolución francesa, y Manzoni sostuvo que el cuidado de la forma era idolatría. Huelga decir que Manzoni obraba bajo el influjo de la escuela romántica, y hablaba de buena fe. No fue éste el primer caso en que un católico, sin caer en la cuenta, se alistara entre los protestantes: en la reforma de la música sagrada Pío X pisó, sin advertirlo ni percatarse, las huellas de Lutero. El programa alemán “Estudiar latín para conocer la antigüedad y no para imitarla”, es programa *protestante*; es la condena del arte y la forma.

La cuestión no es nueva; era antigua cuanto el cristianismo, y era literaria cuanto Clemente Alejandrino. La religión católica se caracteriza sobre todo por haber conservado, procurando enderezarlos hacia el culto, todos los elementos de la civilización

greco-romana. Los padres griegos eran más que nada humanistas, y en el Occidente San Jerónimo y San Agustín son, naturalmente, de su tiempo, pero entre todos, los escritores menos descuidados.

Y es que de otra manera no se concibe siquiera el cristianismo. Adorar a Cristo ¿no es adorar la forma tanto como la sustancia? Cristo es *forma patris*, y significa que la belleza no es menos divina que la verdad. Sin belleza no hay amor, y sin amor no hay acción. No se busca con indiferencia la verdad. ¿Para qué estudiar a los antiguos si no es para llevar el espíritu al pleno señorío de sí mismo? Y esta ingente tarea es imposible si no se la conlleva con la belleza.

La belleza, la perfección formal, es la fuente de todo deleite del espíritu; quien logra gustar de ella ya no siente la atracción de los sentidos. Por no sentirla el protestantismo sombrío ha llevado al materialismo, a la adoración de la fuerza, a la negación de la inteligencia, el panteísmo que dan hoy en tierra con la sociedad. La literatura romántica, que antepone el instinto a la razón, la espontaneidad a la reflexión, ¿qué es sino el triunfo de la animalidad sobre el espíritu? ¿Si hasta se llegó a llamar espíritu el sentimiento! Espíritu es el amor de lo bello intelectual y moral y nada tiene que ver con las oscuras aspiraciones de la animalidad y la naturaleza inferior.

El programa clásico de Wolf, que empezó por renovar e integrar la escuela clásica, es la reacción contra el Renacimiento nacida con Lutero, y que cumple su obra nefasta desnaturalizándola. Y así los monstruos nórdicos han ido substituyendo a los Apolos y a las Venus griegas; los dioses que ladran y aúllan, a los que cantan y tañen la cítara de oro.

Con la muerte del doctor Francisco Capello, el 9 de julio de 1946, no sólo ha perdido la Universidad de Buenos Aires uno de sus más sabios maestros, sino un extraordinario humanista, íntimamente preocupado por el papel que a las humanidades clásicas corresponden en la formación del hombre moderno. La señora Renata Donghi Halperin, a quien dirigió las anteriores páginas el profesor Capello, nos facilitó gentilmente para su publicación. En su vivacidad y vehemencia —de carta personal, no de ensayo académico— reconocerá sin duda el lector aquella gracia y fuerza juveniles con que la asombrosa erudición del doctor Capello se prodigaba en sus clases de la Facultad de Filosofía y Letras.